

LOS PROGENITORES

Mi padre Salem, Calel o Calko Waserstein, nació a mediados de 1890. Era un hombre de fuerte complexión, mediana estatura, continente severo, terca disciplina y manos fuertes y endurecidas de trabajador agrícola campesino. Después de Dios, su familia era su mayor devoción. Aunque su vida era de sacrificio y trabajo sin descanso, jamás manifestó otra cosa que alegría por cumplir con su responsabilidad. Cuando la primogenitura de mi hermano mayor Moisés acabó por causa de su viaje a Cuba —tierra incógnita de una América desconocida a la que marchó buscando prosperidad y fortuna—, mi padre multiplicó sus esfuerzos para que mi formación estuviera en consonancia con el deber insoslayable de constituirme en su “mano derecha”. Amaba a su esposa y a sus tres hijos con amor maduro que venía desde adentro de su corazón, pero era recatado al demostrar ese afecto. Tal vez a Saúl, el más chico, algunas veces le acariciaba la cabeza revolviendo sus rebeldes cabellos con un par de manotazos. Y sólo alguno que otro perdido Sabbath en el tiempo, pasó su brazo protector sobre mis hombros mientras caminábamos hacia la sinagoga, transmitiéndome su poderosa energía.

PARENTS

My father Salem, Calel or Calko Waserstein, was born in the mid-1890s. He was a man of medium height, sturdily built, with a severe countenance, stubborn discipline, and the strong, hard, calloused hands of a country farmer. Second only to God, his family was his greatest devotion. Although his life was one of sacrifice and ceaseless labor, happiness was his sole response to fulfilling his responsibilities. When my older brother Moisés emigrated to Cuba—terra incognita in an equally unfamiliar America where he went to seek good fortune and prosperity—he forfeited his right of primogeniture. As a result, my father redoubled his efforts to fulfill his unavoidable duty and raise me properly to become his “right hand man.” He loved his wife and three children with a deep heartfelt love, but he was reserved in showing that affection. Sometimes he might reach out and stroke Saul’s head, mussing his youngest son’s unruly hair with a few strokes of his hand. And only once in a great while, on some long-forgotten Sabbath, he would wrap his protective arm around my shoulders while we walked together to the synagogue, filling me with his powerful energy.

Con el trigo candeal que sembraba en dos variedades, derivadas de injertos de origen ruso, me enseñó lo que pudo sobre la agricultura y la tierra en que florecían las cosechas de cereales, vegetales, pastos y frutos. Su sabiduría rural, campesina, fue mi primera escuela. El trigal era para mi padre una extensión importante de su vida, así como el pan era para mi madre, la vida misma.

Sentía un enorme placer en dejarme conducir por el viejo a la faena agrícola. Me identificaba con el trigo hasta mimetizarme con él. Invierno y verano experimentaba con su crecimiento y maduración hasta que reventaban sus doradas espigas. Guadaña en mano durante la siega, cantaba a las espigas como cantaban los gañanes vareadores del contorno al preparar la cosecha para el bodegaje. Pero la escuela agrícola de Calko abarcaba, de agregado, todo lo que debía saberse sobre patatas, remolachas azucareras, zanahorias, arvejas y pastizales.

With the two different varieties of durum wheat that he sowed, derived from grafts of Russian origin, my father taught me everything he could about farming and the soil in which the grain, vegetables, fruit, and grasses we cultivated all flourished. His rural, country wisdom gave me my first education. The wheat field was an important area of my father's life, just as for my mother bread was life itself.

I greatly enjoyed my father teaching me the ways of farm work. I became rather obsessed with the wheat, and thought of little else. Winter and summer alike I experimented with how it grew and ripened until its golden sprigs burst open. Wielding my scythe to reap the grain, I sang to the ears of wheat the same way the local farmhands sang when they prepared the harvested crops for storage. But Calko's farming school also included all there was to know about potatoes, carrots, peas, sugar beets, and pasture lands.

Lo que el viejo me enseñaba sobre la germinación, el desarrollo y el cosechamiento de estos productos, me enseñaba de la tierra. Lo primero: mirar a la tierra como madre nutricia y protectora. Segundo, conocer su estructura mineral y las capacidades de su humus germinativo. Tercero, aprender las técnicas de abonamiento, el riego y la roturación con arado, que constituían lecciones diarias y repetidas, como los consejos para cuidar una especie de zanahoria llamada “Brucker” que se comía durante los “Sabbaths”, sin que yo pueda recordar a qué añeja tradición gastronómica judaica estaba enraizada la costumbre.

Everything my father taught me about sowing, raising, and harvesting these crops had to do with the land itself. First: look at the land as a protective and nourishing mother. Second: know the soil’s mineral structure and what it’s suitable for growing. Third, learn the proper ways to water, fertilize, and turn over the soil with a plow. All these things were the stuff of regular, repeated, daily lessons, including his advice for how to raise a variety of carrot called the “Brucker,” meant to be eaten on the Sabbath, although I can’t quite recall the roots of that old Jewish gastronomic tradition.

Aparte de la casa y las cuatro manzanas de tierra para trigo y “agricultura diversificada” de mi padre, la otra posesión familiar era “ganadera” y se reducía a dos vacas lecheras que debíamos movilizar, en diario peregrinaje, a los pastos arrendados a un polaco un kilómetro al sur de nuestra casa. Las vacas pasaban la noche en un corralito en la parte trasera de la casa donde siempre había pasto para satisfacer su apetito. A las cinco de la mañana una vez ordeñadas, se las trasladaba a las pasturas de Isaac, que así se llamaba el arrendante sin que aparezca en mi memoria su apellido, donde quedaban hasta la hora del regreso para el segundo ordeño y el descanso nocturno. Recuerdo, como cosa curiosa, que algunas veces las vacas regresaban solas al hogar. “Conocían” de maravilla el camino y los vecinos las conocían a ellas dejándolas pasar sin hacerles daño.

Apart from our house and the seven acres of land dedicated to my father’s wheat and “diversified plantings,” my family also owned “cattle”—really just two milk cows which we had to transfer, on a daily pilgrimage, to the pastures we rented from a Polish man, just over a half-mile south of our house. The cows spent the night in a small corral behind the house, where there was always enough grass to satisfy their appetite. At five in the morning, once they’d been milked, we led them down to Isaac’s pastures—that was the name of the man who owned the fields, although I can’t remember his last name. They spent the day there until it was time for them to return for the second milking and their nightly rest. I remember the funny detail that sometimes the cows came walking home by themselves. They knew the way back wonderfully well, and the neighbors knew them both, and let them amble by without bothering them.

Respecto a moralidad y religión, mi padre era judío devoto. Hombre de “Sabath” con oraciones y asambleas en la Sinagoga, con lecturas de la Tora y los salmos. Era un individuo justo, recto y caritativo. Jamás percibí en él una conducta egoísta, ni lo vi quitarle nada a nadie ni hacer negocios con trampa. No me atrevería a recrear en el recuerdo los conceptos de religión y fe que me transmitía mi padre. El dominio de Yahve como centro supremo de la religión judía, el prototipo del único Dios al que todos los judíos, los cristianos y los musulmanes rinden tributo hoy, se veía reconfirmado en sus palabras sobre el movimiento judío hacia Egipto y la fuga dramática del esclavismo egipcio. Él pasaba de Abraham a Moisés que surge desde el Éxodo, Deuteronomio y Números como un intercesor especial entre Dios y el pueblo de Israel. Ese Moisés de mi padre era no sólo el más poderoso de los judíos de la antigüedad, sino también el único que influyó con más fuerza sobre el mundo antiguo.

Regarding morality and religion, my father was a devout Jew. A man who honored the Sabbath with prayers and services in the synagogue, readings from the Torah, and the psalms. He was a fair man, upright and charitable. I never felt the least bit of selfishness in him, nor did I ever see him steal anything from anyone, nor cheat anyone in business. I wouldn't dare attempt to recall all the ideas about religion and faith that my father passed on to me. The dominion of Yahweh as the supreme center of the Jewish religion, the prototype of the one and only God to whom all Jews, Christians, and Muslims today pay tribute, was reconfirmed in his words about the Jewish migration toward Egypt and their dramatic flight from enslavement under the Egyptians. From Abraham he moved on to Moses, who arises from Exodus, Deuteronomy, and Numbers as a special intercessor between God and the people of Israel. My father's Moses was not only the most powerful Jewish figure of antiquity, but also the only one who made the greatest influence upon the ancient world.

Pero no hay más recuerdos de asuntos religiosos, sino ejemplos prácticos de virtudes de vida y virtudes morales. En medio de su figura digna de hijo de la tierra, que tantos secretos preciosos de supervivencia agrícola me enseñó, sólo extrañé su empeño e insistencia en advertirme —aun siendo un niño de seis años — el necesario acatamiento de una regla de sumisión ante ciertos personajes relevantes de mi pueblo: “si vez al alcalde municipal, al policía, el sacerdote de los católicos o algún militar de alto rango, échate a la calle, hazle una reverencia, quítate la gorra y mantente callado sin contradecir lo que te digan”. Yo no entendía entonces esa actitud, y más tarde, cuando la entendí, ya estábamos comenzando a vivir en el infierno del antisemitismo.

But I have no more memories of religious matters, simply practical examples of moral virtues and a virtuous life. Within his figure as a dignified son of the land, about which he taught me so many precious secrets of survival, the only thing I found strange about my father was his insistence and determination in warning me—even as a six-year-old boy—about how I needed to obediently show deference and respect to certain important people in my town: “If you see the mayor, or the police, the Catholic priest, or some high-ranking soldier, step out into the street, doff your cap, bow to them, and listen quietly to what they tell you, without contradiction.” I was too young to comprehend the need for such behavior. Years later, by the time I did understand it, we were already starting to live through the hell of antisemitism.

* * *

*Spanish to English translation by Brendan Riley,
October 29, 2025.*